

Prospecto poético

de Jaime
Monescillo Díaz



publicatuslibros.com

Prospecto poético

Jaime Monescillo Díaz



2010. Jaime Monescillo Díaz

Portada diseño: Celeste Ortega (www.cedeceleste.com)



Licencia Creative Commons

Edición cortesía de www.publicatuslibros.com. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No puede utilizar esta obra para fines comerciales. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta. Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor. Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.



Publicatuslibros.com es una iniciativa de:



Íttakus, sociedad para la información, S.L.

C/ Sierra Mágina,10

23009 Jaén-España

Tel.: +34 902 500 421

www.ittakus.com

*A mi madre,
con su gran corazón
siempre sabe
hacer bombear de nuevo el mío.*

Lluvia de otoño.

*Un amanecer sustentado
por el alma de la lluvia.
Encarnarse
en gota de rocío;
palpar la textura,
e inspirar la
frescura de las hojas
de los árboles.*

En esta tarde lluviosa de otoño

mis manos cobran vida
se agitan, a la vez que anidan
en todo lo que tocan.
Te recuerdo...
Me incorporo en el silencio,
habito en el vacío
que ha dejado la ausencia de tu nombre.
Vuelvo a revolver los cajones
y voy recopilando tus intimidades.

En el andén

se desgarran el crepúsculo
al paso sosegado de las agujas del reloj
que intimidan mi espera.
Cubres mi mirada de
una breve sonrisa;
te abrazo...
Esta luna de septiembre
confunde nuestros cuerpos
ante la dilación de nuestras sombras.
El paseo está mojado
vamos quebrando a nuestro paso,
la complicidad
de la luz de las farolas.

Paseamos lentamente

ante la espesa mirada de los
árboles,
vamos dejando huellas
en las hojas caídas, despreciadas, exangües.
La tarde deja su silencio dorado
sobre los tejados,
una suave lluvia
nos regala
el alma de las nubes.
Nuestros labios
se acostumbran
al silencio.

Queda unida mi mirada

al cristal mojado,
mientras que la lluvia
va arrastrando
la huella de los transeúntes
a las alcantarillas.
No sé de qué me asusto,
ha habido otras noches
en que las paredes
se empalidecían
ante el mórbido silencio,
por falta de recuerdos;
por falta de caricias rasgando
el aire...
Dejo descender mi vida
hasta los faros de los coches,
y me dejo atropellar.

Detener la mirada

en un rostro anónimo
y no ver a nadie
ante el bullicio de un vagón
de metro, de vuelta a casa,
me aterra.
Voy engullendo el silencio
que transpiran mis manos.
Al cruce de dos trenes...
no sé si voy o vengo.

Siempre vengo aquí,

a refugiarme bajo
la densa sombra
de este árbol dorado;
a reposar mi mirada
sobre la hierba aún mojada
tras un día lluvioso de otoño.
A crear sueños,
sueños que me permitan
tocar con las manos
la vida silenciosa del agua
y su murmullo.
Sueños, en los que siento
la textura de las nubes,
ésas que ya me reconocen.

Hoy a amanecido

lluvioso,
la ciudad se alegra...
La lluvia
limpia los tejados
de la ceniza de la noche,
se van desentumeciendo las
antenas.
¡Cómo se aferra
la lluvia
a los cristales!

¿Qué nos queda tras el agua de lluvia?

el calor de nuestros cuerpos
abrazados bajo una cornisa;
el aire humedecido, descongestionando
nuestros pulmones acelerados.
Unos árboles en las calles, agitando
al unísono sus hojas,
desperezándose,
lanzando gotas de lluvia
a un precipicio.
¿O tal vez, nos queda
el recuerdo fiel
de una mirada?

Hoy he salido de casa

a oler la lluvia.
A observar las aceras
limpias,
sin el rastro de nuestra prisa.
Hoy he salido de casa,
para aliviar mis manos
con el frescor que rezuman
los parques, despojados
de la costra de monóxido de carbono.

Gotas de lluvia

se deslizan por tus hombros,
es otoño y llueve.
Se apresuran las nubes
a deshinchar su vientre gris;
a un lado el ruido de la acera
al otro tus besos agolpados
en mi mejilla,
así lo refleja la instantánea.

Vuelve la tarde con su lluvia

a rasgar los cristales,
a cubrir de silencio la
ausencia de nuestros largos paseos.
Las calles, las aceras
las esquinas y su ajetreo,
ya todo es inservible.

Una manzana descarriada

en la inmensidad de la encimera,
unas gotas de café derramadas
en el suelo,
una tostada a medio untar...
Te fuiste, acalorada
por la prisa;
tras de ti, un portazo
y con él habitó
un silencio ponzoñoso.

Hoy toca hacer mudanza

desorden en la cocina
tras un desayuno rápido;
un ramillete de flores
en la encimera, sin agua
varios días.

En el salón, hoy una luz
más blanca recorre
las paredes desnudas;
liberadas del peso
de los recuerdos.

Y en los pasillos
cajas apiladas,
repletas de todo lo menudo;
de lo imprescindible
y lo superfluo,
cómo si cada vez más
dependiéramos de esas
pequeñas cosas.

*Los recuerdos
me conmueven.*

Esperé a que la calle

estuviera a solas
latiendo sobre el silencio
de la noche,
para recordarte.
A esas horas
que las aceras juegan a ser libres,
y el aliento de los coches
no se mezcla con el nuestro.
Hacerme a la idea
que me esperas al borde
de una esquina.
La indecisión
se apodera de mí
por la confluencia
de dos calles.

Siempre pernocta

el silencio de las calles
en la luz de las farolas.
Cómo se enorgullece
la mirada ante el
sosiego nocturno...
Es muy tarde, pero aún
el cansancio no enturbia
mis ojos;
atrás quedaron las noches de verano,
ya quebradas, rasgadas por el frío
prematureo de los días últimos de septiembre.
Se ve a lo lejos un paisaje desolado
de terrazas, estremecidas
por las primeras gotas de esta fina lluvia.

Sigo mis huellas

del día anterior,
agazapadas
al borde del camino.
Una y otra vez
piso sobre ellas
y todavía tienen pulso.
Camino despacio,
haciendo que en mis
pasos se refleje
la agonía de la tarde.
Yo le llamo el paseo
del recuerdo.
Hoy vuelvo a ver
mis pisadas;
ya me está esperando
la tarde a solas.

Es un paseo algo absurdo

el deambular desnudo
de la cama al tirador
del frigorífico
a las tres de la mañana.
Sintiendo el desánimo
golpear sobre el frío
pálido del suelo;
inquieto, la noche es larga,
no deja de hacerme preguntas.
No hay hambre.
Tu recuerdo agazapado tras mi almohada;
la casa se me ha quedado grande.

Hemos decidido no dormir,

pasear al amparo
de estas horas que no
nos piden nada,
y en cambio nos
regalan su silencio,
nos animan a besarnos.
Va pregonando nuestros
nombres las agitadas
luces de neón, decorando
el límite oscuro
de las calles.
El viento se adormece,
las fuentes sanguinolentas
por el chapoteo humano,
reposan.
Y la ciudad se va agrandando
a nuestros ojos;
se agolpa con sigilo,
en el silencio
este paisaje de hormigón.

Va paseando mi mirada

por todas tus cosas
que antes le han dado vida
a mis manos;
pero sin atreverme
a mirar a esa puerta entreabierta.
Es la frontera
que me conduce a otro mundo;
dudo, no sé si allí
mis manos se adaptarán
al tumulto de enseres
que no son los tuyos.

Al pasear voy aireando

mis recuerdos.
Camino, siempre por la
misma senda;
y nunca llego a tocar
la raya del horizonte.
Contigo era distinto
jugamos a enrabiar
los atardeceres
de otoño.
Ya cada vez más
mis pasos se extrañan
del silencio,
mis manos cabizbajas
han perdido el tacto
de la hierba.

He salido a buscarte

en mi recuerdo,
me esquiva la memoria.
Quiebra el silencio
la fragancia
de tus manos.
Los días se empeñan
en alejarnos;
confundo unos versos de amor
inacabados,
con un delirante asedio.

Cómo puedo olvidarte

si no hubo una despedida;
me dejaste bajo un falso cielo
de estrellas extraviadas.
Se desprendió la vida
de tus ojos
sobre el asfalto traicionero.
¿Cómo puedo empezar
a vivir de nuevo
si no reconozco nada?

Un nuevo amanecer estival

se agolpaba en mi ventana,
un día más sin colegio.
Saltar de la cama y
ponerme mi traje de vaquero.
En esos días que sentarse
delante de la tele, era siempre
adentrarse en una nueva misión heroica.
En esos días que el correr
de las manecillas del reloj
no marcaba el tiempo.

Las edades del día

Nos quema el sol

los párpados dormidos.
Los sueños
amontonados junto a la almohada;
un libro extraviado
entre las sábanas.
Una vez más, el café recalentado.
Han ahuyentado el silencio
de las calles,
los árboles miran hacia
otro lado.

El latir de los días que comienzan

siempre tienen el mismo sonido;
pero hoy es distinto
el día surge de unas pupilas infantiles
de un rostro alborotado...
es verano.
La noche le hizo una promesa.
Hoy se tiene que apresurar a ser niño
más que nunca.
La mochila abarrotada de ilusiones,
de juegos;
unas manos rebuscando
en los cajones,
que no se olvide ningún sueño.

Aún no ha vuelto a casa

tras acaparar la noche
apurando a sorbos cada copa,
con la esfera del reloj
amoratada.

Las calles vacías, inservibles
sin recordar nada;
hoy es domingo.

No aguantan más las aceras

el peso de
nuestra propia prisa.
Un vaho humano
habita en los escaparates;
la vida se agolpa en los mercados
se consume en las arrugas de la carne.
Deambulamos por las
calles, empujados
por un cambio de planes.
Una comida rápida...
Cada día que pasa
nos deja una sentencia.

Este cielo en llamas

por un sol de verano,
acerca al transeúnte
cabizbajo
al frescor reposado
del agua de la fuente.
Son las cuatro de la tarde,
y no hay aire entre las
sombras de los árboles
que satisfaga
su pecho oprimido.
Hasta las mariposas
descansan...

A esta hora de la tarde

se cubre de pan de oro
el campanario;
y el color de las vidrieras
tiñe el aire de la tarde.
Se relajan los pájaros
en la hermética secuencia del ocaso,
mientras se balancean raudas
las campanas.

Naufraga el sol

el mar lo engulle.
Se adormecen mis huellas
en la fina arena de la playa.
La luz del día
ya no abrasa,
se quedó sin pulso.
La brisa va rehogando
la noche de salitre.

Reconozco el color de tus pupilas

reflejadas en la luna,
está anocheciendo.
He venido hasta aquí
para mirar al cielo
y devolverte la mirada.
Grito con rebeldía adolescente
que te quiero.
El atardecer me habla
de tu ausencia
y no le creo;
recojo tu aliento en la distancia.

El atardecer se adueña

de los campos en soledad,
un paisaje inmóvil
a merced de sus destellos dorados.
Unas pupilas heridas, que no son
las nuestras, en el horizonte;
irradian espasmos de luz exhausta.
No hay polvo en los caminos,
se exhiben desnudos,
exhalando sólo el alma
del viajero.

Pinceladas de gris en el cielo

ha llovido,
un amasijo de luces
se agolpan en la Gran Vía.
Enturbiadas las nubes
con el gélido, negruzco
aliento de la noche...
Caminamos raudos, sobre
angostas sendas de losetas;
en cada esquina un nuevo
desenlace,
almas con sutura,
sometidas a una
existencia inexpresiva;
sólo de rodillas
ante nuestra indiferencia.

¿Qué tiene de cursilería

dejar entrar un atardecer
en tus pupilas?
Manos extendidas
tatuadas con un sol agonizante.

Anochece,

las sombras espantan
la deshilachada luz del horizonte.
Han quedado izadas tus caricias,
al amparo de una levísima brisa.

La noche ha llegado puntual

y me refugia en el silencio.
Me desplaza a una ventana
entreabierta,
un barullo de estrellas
me encandila la mirada.
Empiezo a contarlas,
es inútil
me falta memoria.
El guiño de una farola
al final de la calle,
me ha distraído.
Sin luces en la casa,
a oscuras,
quiero palpar el orden
de las cosas.

Llegar hasta aquí.

A la persona, en su senectud.

Por su decoro a la vida, hace germinar lo mejor de cada uno.

Cómo el que espera

angustiado en la camilla,
ante una operación
a corazón abierto.
Cómo el que encalla
en su propia soledad,
en medio de una multitud indiferente.
Con el mismo desánimo de aquel
que no encuentra terapia
para el alma.
¿Quién no ha pensado
alguna vez
cómo reaccionará encerrado
en un cuerpo cubierto
de suturas por los años?

Unas Navidades sin esperar regalos,

la soledad, como asistente doméstica
que no descansa en festivo.
Traspasar la frontera de los días
con pasos torpes, sobrecargados
por los años,
con la memoria atolondrada.
Muchos recuerdos contados
se aferran a la mesa camilla.

La luz de la noche

cautiva en los escaparates.
Hileras de estrellas eléctricas
cobijan el bullicio de las calles;
la acostumbrada escena de
una noche de finales de diciembre.
El frío deambula sin dueño
y te hace resguardarte
bajo tu propia piel gélida.
Las aceras cubiertas de pasos
airosos, a ritmo de reloj;
y tú simplemente paseas
con la mirada ensimismada;
con la memoria justa
para emprender el camino
de vuelta.

Apenas has ojeado

los álbumes de fotos;
y ya ha aflorado en tu rostro:
la sonrisa, la nostalgia
el llanto, la inocencia, el amor...
No logras posar bien tu mirada
sobre la estampa del pasado,
por el movimiento tembloroso
de tus manos.
Te ayudan a aliviar los ratos
de silencio, que tanto te atormentan;
los de estos días cada vez
más largos.

No tomarás el autobús

esta mañana
en que las calles se tambalean
por el peso de la prisa.
En la hora en que la timidez y el llanto desgarrado
de los niños se agolpa a las puertas
del colegio en su primer día.
Ante ti, días de jubilado;
acostumbrarse a tomar nuevas
rutas no marcadas aún
sobre las aceras.

Sentir como los días

envejecen contigo.
Qué significado
tan nefasto
traza la soledad,
sobre tu rostro
cuando no se soporta.
Tus manos abarquilladas
aprietan las mías,
te tiemblan los labios
me desvelas
lo confundidos que están
tus ojos, al mirar
tras la ventana.

Tienes por costumbre

untar tus manos
con bálsamo de recuerdos;
intentas desperezarlas...
oxidadas por tanta soledad,
que las hace inservibles
poco a poco.
Me basta con tu mirada,
Que no se doblega a las sombras
del silencio;
con su reflejo perdurable
en todo aquello que le
has dado sentido.

Tras tu marcha se ha quedado

muda la aldaba de la puerta.
Las ventanas
tiznadas de olvido;
desligadas de la luz del día.
Ya no habrá visitas,
ni tu mano extendida
tras el pomo de la puerta.
Los pasillos inservibles
de paredes agrietadas
de silencio.
Al fondo un grifo que gotea.

Lo difícil viene ahora,

convivir con todo
lo tuyo, sin olvidar
el sentido que le
han dado tus manos;
y no tenerte cerca.
Lo difícil viene ahora,
al querer aferrarme
a mi añoranza;
cuando me pierdo
en mi propio vacío.

En esas tardes de domingo

recuerdo de niño,
haber visto a los ancianos
haciendo corrillos,
con rostros cansados
aliviados por los sombreros
rayos de sol...
Con sus vivencias
apoyadas en sus garrotas.

Apelas a tu memoria

para no sucumbir al olvido
y resistir en este asedio
de soledad.

Las paredes cargadas de cariño
evidencian,
como puede alguien
aferrarse tanto
a sus recuerdos.

Deambulas por la casa
rebuscando en los cajones,
siempre inquieto
para sentirte vivo.

Te horroriza dormir solo
y sentir ese lado vacío
de la cama.